

## ¿QUIÉNES SON SUS GUARDAS?

Un maestro y su esposa habían recibido un llamado para ir como misioneros a las Indias Orientales Holandesas. Sabían que era un lugar peligroso. Dos hombres blancos que habían ido allá habían sido muertos. Pero después de pensar y orar al respecto, sintieron la convicción de que debían ir para enseñar a aquella gente acerca de Jesús.

Cuando el barco que los llevaba llegó a la costa de la isla, los nativos miraron a estos blancos con odio. No podían hablar el idioma de los misioneros, pero les hicieron unas señas que el maestro y su esposa comprendieron. Los nativos querían que se retiraran de su isla.

Pero los misioneros habían ido para trabajar en favor de esta pobre gente. Así que no se fueron.

Algún tiempo después, cuando el misionero estaba una mañana sentado en un banco delante de su casa, uno de los nativos llegó y se sentó a su lado. El misionero ya había aprendido a hablar la lengua nativa, así que los dos conversaron juntos acerca de distintos temas.

Finalmente el nativo dijo: “Maestro, quiero pedirle algo”.

“¿De qué se trata?” preguntó el maestro.

“Yo quisiera ver a sus guardas”, contestó el nativo.

“¿De qué guardas estás hablando?” preguntó el hombre blanco.

“De los guardas que Ud. coloca alrededor de su casa por la noche”, explicó el hombre.

“Yo no tengo guardas alrededor de mi casa —insistió el misionero—. Sólo tengo un pastorcito y un pequeño cocinero, pero ellos no servirían para guardas”.

El nativo no estaba satisfecho. Sus ojos parecían decir: “Ud. no me puede engañar a mí, porque yo sé bien lo que digo”.

Pero solamente pidió permiso para mirar adentro de la casa a ver si podía encontrar a los guardas.

El nativo registró cada pieza, cada rincón y hasta debajo de las camas y las mesas. ¡Qué chasqueado estaba!

El misionero preguntó: “¿Por qué creías que había guardas en mi casa?”

Entonces el nativo le relató esta historia: “Cuando Ud. llegó acá, nosotros estábamos muy enojados. No queríamos que Ud. viviera entre nosotros porque no le teníamos confianza. Pensábamos que quería quitarnos nuestra isla. Así que vinimos con nuestros cuchillos con el plan de matarlos a Ud. y a su esposa. Una noche, cuando un grupo de nosotros llegó cerca de su casa, vimos dos hileras de guardas con espadas brillantes. Tuvimos miedo de entrar en su casa, así que regresamos. Noche tras noche vinimos a su casa, pero siempre hallamos a los guardas cuidándola. Todavía no nos dimos por vencidos, así que contratamos al hombre más cruel de la isla para que los matara. Él caminó delante de nosotros empuñando atrevidamente su gran cuchillo. Cuando llegamos cerca de su casa, todos nos detuvimos y lo dejamos a él seguir adelante. Pero en pocos momentos regresó corriendo y dijo: ‘No voy a arriesgar mi vida cruzando a través de esas dos hileras de hombres grandes y fuertes. Están allí parados con sus espadas que brillan como fuego’.

“Entonces abandonamos el plan de matarlo —continuó el nativo—. Y ahora, dígame dónde están esos guardas”.

El misionero entró en la casa y regresó con la Biblia. “Este libro —dijo—, es la Palabra de nuestro Dios. En ella hay promesas de que Dios nos guardará y protegerá. Nosotros creemos, y por eso no necesitamos ver a los ángeles que Él envía para cuidarnos. Pero Uds. no creían, así que el gran Dios del cielo les hizo ver sus ángeles para que pudieran aprender a confiar en Él”.